El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

LA HERENCIA COLONIAL EN LAS IGLESIAS DE SANTA FE DE BOGOTA—Por Monseñor Bernardo Sanz de Santamaría.

Tiene monseñor Sanz de Santamaría el gusto refinado por la pintura colonial. Es la suya una verdadera versación sobre el tema, completada con una espléndida documentación. El religioso y el historiador se unen aquí para darnos un libro que honra de veras la cultura colombiana. Aunque para muchas gentes, todo lo que venga del pasado, constituya algo muerto, momificado, sin proyección dinámica sobre el tiempo actual. Como si quienes así piensan y escriben acabaran de descubrir el mundo, cuando son apenas simples copistas de escuelas, estilos, formas de otros intelectuales, que los nutren lo mismo que la madre amamanta al recién nacido.

Este libro de un canónigo admirable, testimonia una época del arte colombiano de muy ricas variedades y matices. Este solo hecho de testimoniar una época, le otorga ya un sitio eminente en la parca cultura colombiana. De la cual hablamos más por costumbre que por análisis. El superficialismo colombiano, particularmente en los últimos tiempos, ha llegado a sus últimos términos. Pero no faltan Mecenas de un arte, unas novelas, unos ensayos, unos poemas carentes de hondura y verdad. Son aquellos que no quieren quedarse atrás, que aspiran a que los estimen como grandes concedores del arte moderno, por cierta inhibición a decir algunas verdades que servirían de asepsia moral a “geniecillos” de cartón que embadurnan telas y se joroban copiando autores extranjeros. Es lo que llamaba el escritor inglés Colin Wilson “ritual en la oscuridad”.

Pero volviendo a este libro del canónigo Sanz de Santamaría, sobre **La herencia colonial en las iglesias de Santa Fe de Bogotá**, es obra para lectores selectos y atentos capaces de comprender la historia del arte. Libro para formar parte de la biblioteca de todo colombiano que ame a su patria en su valores esenciales y no en los efímeros, que mañana habrán desaparecido en las dársenas del olvido.

* * *

Faulkner y Mann, ejercen una tutoría intelectual indudable sobre la obra de Gabriel García Márquez. Desde siempre. Encuentra el lector su rastro profundo y enérgico en *La hojarasca*, *La mala hora*, y, lejana, en *El coronel no tiene quien le escriba*, una obra breve, desgarrada y sombría. Es un libro este sin esperanza, aunque se encueve en la estepa de alma, toda recuerdo muerto, del coronel, quien espera una carta, como otros esperan un amor, un beso fortuito, una lotería, un incendio, un conflicto que les desarraige el alma vieja de siglos. García Márquez ha venido ganando lentamente un camino áspero y difícil en la novelística americana. El lenguaje va siendo cada vez más sobrio, pero los conflictos son barrocos. Todos sus personajes danzan con un pie sobre el abismo y cuando resbalan y caen, toman formas extrañas, se metamorfosean en cangrejos, reptiles, salamandras, muerden el hielo, como otros devoran su propia sangre, la de sus parientes, a falta de otra substancia con la cual comulgar. El trópico es necesariamente inflamado barroquismo. Porque las formas delirán y crecen desmesuradamente. La novelística americana va ganando en introspección en la búsqueda del ser, con sus vivencias, sus terrores subconscientes, las miserias del cuerpo y las deformaciones y abscesos del alma. El paisaje, no obstante, no ha podido ser derrotado. Está presente, patente, se filtra por todas partes como un agua negra de pesadilla. En *Cien años de soledad*, se evidencia esta verdad. Es cierto que ya no ahoga a los personajes o estos son simplemente criaturas secundarias. Pero sigue ejerciendo su maleficio y sus terribles soledades acaban de emponzoñar a esos seres de naturaleza maléfica.

Poco tiene que hacer el Bien que es una categoría de la mente y una espuma en la sangre, en la novelística de García Márquez. La maldad, lo turbio, lo inconfesable, la negación y lejanía de las fuentes de la inocencia, mancha y delimita toda su obra. Sus seres no son sino un subproducto animal, la derrota y el frustramiento definitivo. Como todo lo que pretende levantarse en un mundo cenagoso y pestilente, ratonera tendida como trampa para la muerte, la lujuria, el incesto, todos los pecados capitales.

Mucho de ese derrotismo amargo de Faulkner (y perdónesenos la insistencia), hallamos en la novela y el cuento de este escritor de la costa Atlántica colombiana. El subconsciente borra las fronteras de la conducta humana. Y el escritor emplea también, cuando lo cree necesario, un lenguaje en el cual las palabras son turbias, escupitajos, maldiciones, fermento y purulencia, ya que el lenguaje es una forma, la más cabal, de la supuración interior.

La comunidad colombiana de Macondo es una rampa de la muerte, un atroz cilicio, un lento envenenamiento de los seres humanos, carcomidos hasta los huesos por el cáncer de todos los vicios. Y el novelista ahonda en esos mundos de monstruosas floraciones, siempre dentro de la narrativa del Faulkner, su maestro. El tiempo, lo viscoso y orgánico, tan certeros, tan objetivos, vivos, en el novelista norteamericano, se halla también en García Márquez. La guerra civil colombiana, el problema del banano, la

política mezquina del pueblo mísero, son el contrapunto obligado de **Cien años de soledad**. Los Buendía son la expresión realística de ese mundo de escarabajos de hielo, de naturalezas exacerbadas, sin Dios, sin noción del Bien y del Mal. Endemoniados y tristes. Limitados y sangrantes. Todo un mundo de miseria que rezuma pus.

El realismo domina toda la narración. Muy escueta por cierto. Carece de vivencias espirituales, porque se trata de almas muertas, como aquella de la estepa rusa en **Gogol**. En todo caso, es un libro extraño y acusador. Es la vida de un pueblo donde se han convertido en cadaverina los seres que lo habitan. Es la soledad final del reptil o los retorcimientos de la salamandra entre el fuego.

Tampoco estimamos nosotros que sea una novela genial. Desgraciadamente los escritores colombianos, entre los cuales se cuentan algunos "idiotas útiles", van prodigando adjetivos con esa hidropesía tropical que ha sido la causa de muchos frustramientos en el campo de las letras. Conmueve, sí, la verdad del drama de Macondo. Quiere salir de ese mundo de vertedero maloliente, pero no tiene una tabla de valores duraderos para ello. Y el llamado "avance" no resiste. El pueblo está embrujado y maldito. La sangre espesa y hermana, se pelea entre nuevas sangres de los mismos y punibles ayuntamientos. Es un problema humano más que social. Lentamente García Márquez ha ido madurando. Quizás no sufra un descarriamiento con la pomposa vanidad de que está haciendo alarde. Cuando afirma que en Colombia no existe cultura, que no la ha habido nunca, afirma una impostura. Se le espesan los humores y el mal genio a "Gabito". Ya le irá pasando. Cuestión de madurar.

En todo caso **Cien años de soledad**, tiene capítulos verdaderamente sorprendentes en la novelística colombiana. No obstante, afirmamos que dentro del género, hay una novela colombiana superior **David, hijo de Palestina**, de José Restrepo Jaramillo. Allí se llega hasta el hueso en la descripción de la atmósfera vital de los personajes, en su "ambientación", en su tremendo lirismo que desgarrar, punza, conturba.

* * *

BOYACA: PANORAMA GEOGRAFICO Y HUMANO—Por **Rafael Bernal Jiménez**—Universidad de Tunja. Colombia.

Retablo iluminado. Lírico y patético. Desgarrador por su resonancia. Quieto en su éxtasis de siglos. Drama rural con sabor de hiel. Esperanzas y desesperanzas. Batir del viento que abre puertas y corazones. Paramuna sombría. Dolor silencioso y obstinado. Un pueblo ferviente, melancólico y nostálgico, es lo que nos presenta el profesor y escritor **Rafael Bernal Jiménez** en este libro doloroso. Porque Boyacá ha sido olvidado secularmente por gobiernos, políticos, caciques hirsutos, religiosos exhuberantes de misa y olla, todo un panorama desolador que carece de redención. El campesino sigue esperando hace siglos en una soledad irremediable. Hermano del cactus, del hermano can, de la oveja tibia, de todos los animales pacíficos. De ahí el origen abundante de su malicia indígena, de su socarronería, de su desapego hacia quienes se presentan como "curanderos", de sus ancestrales dolencias.

Valientemente, Bernal Jiménez ha denunciado una situación que nada, ni nadie ha logrado cambiar. Porque la indolencia y las promesas que no se cumplen han caído sobre una tierra en la cual los aires combaten con espadas de hielo. Lentos campesinos, tardos como los bueyes que aguijan uncidos al arado de "chuzo", esperando una redención que se dilata indefinidamente.

Con un estilo hermoso y sobrio, el escritor de este denuncia nos lleva de la mano por valles, por caminos ocres, por los ranchos de vara en tierra, por un mundo anímico dislacerante, petrificado como máscara antigua. En verdad que este panorama debe ser conocido por todos los colombianos, que quieren abordar temas de entidad y no resolver su querrela únicamente en retórica, pero sin nada práctico y creador, como lo merece Boyacá.

* * *

SUEÑOS. II TOMO. MARCO FIDEL SUAREZ—Instituto Caro y Cuervo—Bogotá - Colombia.

El benemérito Instituto Caro y Cuervo orientado por esa inteligencia de amplias claridades mentales que es la de José Manuel Rivas Sacconi,—un humanista que honra a Colombia— nos presenta en este segundo tomo de los Sueños de don Marco Fidel Suárez, 42 de estas creaciones literarias del insigne humanista que diera renombre a la literatura, prolongando la vigencia de los valores positivos de nuestra patria, que deben conocerse hoy más que nunca, porque estamos en el tiempo de las simulaciones, los dioses del linotipo, las sospechosas cofradías de elogios mutuos, las que le han causado tanto daño a la llamada "república de las letras". Porque nadie podría negar la importancia que Marco Fidel Suárez tiene en este mundo de la letra escrita, hoy al alcance de tanto vulgo analfabeta que aspira, con la complacencia de muchos, a pasar a la posteridad como un terremoto de la inteligencia, un fenómeno único en el desarrollo intelectual de la República.

Suárez fue un hombre estudioso y de sólida cultura. Tuvo muchos avatares políticos que lo distrajeran de su tarea literaria, la cual acaso hubiese llegado a mayores profundidades, si no lo hubiese acosado la pobreza y la envidia, dos perrillas sarnosas que caminaron siempre a su lado. Releyendo este II tomo de Sueños, se encuentra fácilmente la familiaridad de Suárez con los grandes clásicos del idioma. En su prosa se dan cita los escritores del siglo de oro, con todas sus vivencias y señales luminosas. España con su cuenca madre, que dijera Unamuno se vierte en esta prosa clásica. Fray Luis de León, con sus músicas lejanas, dulces y pitagóricas; Granada, reverdecido y reverberante; Saavedra Fajardo, con ese fraseo rampante, cuajado de resplandores; Cervantes con su humor soterrado y ladino; Jovellanos con su amplia sintaxis exquisita; algo de Quevedo en sus consejos; en fin, la luz de Castilla que cae hasta la base de estas columnas de estilo.

Tiene el señor Suárez sus defectos como escritor. Especialmente esa prolijidad analítica y descriptiva, que parece no terminar nunca. Jamás pudo sacrificar el detalle, la minucia, el fraseo largo, a la síntesis, a la pre-

ciosa y necesaria economía del lenguaje. Y naturalmente sus Sueños carecen, preciso es confesarlo, de toda universalidad. Son nuestros, sus problemas colombianísimos, su marco casi aldeano. Porque tuvo que encarnarse en la batalla política local que dispersa y avienta los mejores talentos. Cuando logra evadirse de ese mundo casi costumbrista, logra aciertos admirables. Su "Oración a Jesucristo", es una pieza maestra, de antología. Hay en ella, intensa armonía, sensibilidad aguzada, religiosidad trascendente.

Suárez tuvo que pagar su tributo a las euménides de un trópico lujurioso y vengativo. Por eso mismo, leyendo nuevamente este tomo de Sueños, nos duele el frustramiento, nos conmueve ese alinderamiento, ese caliente localismo, lo menudo, reducido del ámbito. Fue una víctima más de un país en el cual la inteligencia creadora ha sido siempre subalterna, castigada por el medio, reducida y evaporada, cuando no furiosamente escarnecida.

La prosa en este siglo es preciso elaborarla en cuajadas síntesis. Huír de la dilatación y amar lo sintético, desterrar la opulencia carnal de las formas, para buscar el hueso mondo, la raíz, la pura esencia con su resonancia. Que precisamente no pudo lograrlo Suárez, errabundo viajero por vericuetos aldeanos, forzado Quijote con su lanza espectral en busca de enanos, politiqueros, demagogos, toda esa fauna contemporánea que derriba al mejor jinete y alancea a quienes pretenden liberarse de su pernicioso influjo. Tuvo, sí, una firme y rigurosa formación intelectual. Un pensamiento cardinal, y su prosa está gobernada por principios ideológicos. No acostumbraba a cambiar de tolda, ni a pactar por un plato de lentejas. Esto se ve claramente a través de su larga y dispersa obra.

De todas maneras, mucho se aprende en la prosa de Suárez, en sus largos períodos, en su incisiva ironía, en su fe en Dios, en sus hontanares del idioma. Es seguro que la nueva generación colombiana no lo ha leído nunca. ¡Signos de los tiempos! Pero su nombre es honra y escudo de las letras nacionales.

* * *

IN MEMORIA DEL PROFESOR LOPEZ DE MESA.

Aquí tenemos en fila los libros del profesor Luis López de Mesa. Su obra intelectual, preciso es confesarlo, no tuvo la resonancia de la de otros escritores que han viajado con su mensaje por todo el mapa de América y aun de otros continentes. Es preciso aceptar que el pensamiento discursivo del ilustre desaparecido, no ha sido estudiado a fondo. Como sucede siempre en Colombia. Es necesario aceptar que nuestra cultura es un mito y que son pocos los lectores que se aplican honestamente a la tarea de investigar las fuentes de un libro, las cabeceras históricas de una cultura formativa. Todo lo nuestro es producto de la improvisación, la lectura dispersa, el afán de decir algo, aunque el tema haya sido apenas desbrozado. Somos temperamentamente amigos de lo ligero, de la línea de menor resistencia. Es muy difícil consagrarse aquí con vocación a crear una obra, a profundizar en determinada materia.

Para nadie que entienda de literatura es un misterio que el insigne López de Mesa, usaba y acaso abusaba de un lenguaje gongorino y sibilino. Para la cultura del hombre-masa, sus escritos, siendo de tanta substancia, resultaban difíciles de leer. No tenía el don de la claridad, el misterio de que nos comprendan los semejantes. Porque un estilo resulta un misterio. Una forma de ser, una personalidad. El profesor conocía todos los vericuetos del idioma. Palabras de arcanos sentidos empleaba en muchas ocasiones. Neologismos, arcaísmos, un léxico de veras difícil para el hombre-masa. Hacía pensar. Por ese airecillo doctoral, algo confesional. Y aquí eso de pensar, de buscar el recóndito sentido de la lexicografía, es labor para iniciados. Su culturismo lo hizo insular, digámoslo francamente. Nos recuerda un poco al Leopoldo Lugones de *La guerra gaucha*, cuando inventa palabras, descubre otras, crea unas nuevas.

Pero no por este motivo los libros del profesor López de Mesa resultan lectura inútil. Por la diversidad pasmosa de su cultura, siempre hallamos en sus escritos algo nuevo, nacen conceptos en un trasplante jugoso. Sus doctrinas diversas, sus divagaciones, su retorcimiento barroco a veces, siempre nos enseña cosas que no conocíamos o habíamos entrevisto a medias. Era moroso y escribía con deleite personal. Acaso poco pensaba en la sociedad a la cual se dirigía cuando elaboraba novelas, apólogos, filosofías, sociologías. Estaba atento a su propio YO, a su florecer intransferible. De ahí que resultara a la postre un escritor insular, batiéndose solo con sus espadas de estilo. La gente lo respetaba, pero no sabía admirarlo. Ya que la admiración es el principio del amor. Y para admirar es preciso comprender.

Escribía llevando consigo los escudos de sus ideales. Nadie ha hablado tan hondamente de la patria subterránea, aquella que se halla intacta y limpia de escoria. Por eso mismo nunca fue un político garrulero y tropical. Le indignaban aquellos hombres que engañan y trafican con el río de la historia, sus próceres, sus hacedores resplandecientes. Jamás le interesó una enseñanza puramente pragmática y utilitaria, fría, sin ciencia, sin nobleza y sin espíritu. Su labor intelectual carece del rígido dogmatismo de otros escritores americanos. Acariciaba las formas de la vida, pero también sabía hacer la disección de los males nacionales. Tan arraigos, tan imposibles de erradicar. Su trato con los libros y su visión de Colombia lo mantuvieron siempre en un estado de fresca juventud. Hasta el último momento mantuvo la pluma sobre el papel, trazando esos signos que como naves conducen la semilla de las ideas.

Es preciso aceptar, con pena, que muy pocos colombianos lo han leído con seriedad. Además, él nunca cortejó la vanidad, aunque sus enemigos lo creyeran amigo de la lisonja. Quiso singularizarse, hacerse a un estilo propio. Sus apólogos y novelas es posible que se olviden. No así sus incursiones sociológicas que nos ponen al desnudo a Colombia, con todas sus vísceras palpitantes.

Y colmó su tarea cultural con honradez y desprendimiento, con rigor pascaliano y con fe en su patria. Su muerte abre un inmenso vacío en el pensamiento colombiano.